Sin novedad en el Mediterráneo

LA VANGUARDIA en el Próximo Oriente

Deseosa la dirección de LA VANGUARDIA de acrecentar la crónica extranjera, de tan alto interés en los actuales momentos, ha confiado la corresponsalía en el Próximo Oriente a nuestro antiguo compañero e1 ilustre escritor Juan Ramón Masoliver, bien conocido de los lectores de LA VANGUARDIA por haber sido corresponsal en Roma durante varios años. La agilidad extraordinaria, el fino sentido periodístico y la clara percepción política de Masoliver encuentran expresión en un estilo sugestivo, buido y ameno que deleitará tanto a nuestros lectores cuanto el fondo de los artículos les sugerirá juicios profundos acerca de las candentes cuestiones de la actualidad europea. La crónica que hoy publicamos, primera de las dedicadas a los Balcanes y Próximo Oriente, juntamente con los antecedentes prestigiosos de Masoliver en las lides del periodismo internacional, nos ahorran mayor extensión en estas líneas de prólogo.

(CRÓNICA, POR AVIÓN, DE NUESTRO REDACTOR)

Una sirena rasga el aire. Entra por el ventano la claridad lechosa del amanecer. En sueños me sentía cuneado por la furia del maestral; que aun alejados de la costa no nos deja en paz el ventarrón del Ródano. Gano en cuatro saltos el puente. Entre las montañas de agua opaca, espumosas, que alternativamente nos tapan el cielo y nos abandonan en él, se columbra allá lejos un manchón gris a continuación de unos mástiles; se acerca a buena andadura: es un crucero auxiliar de la Marina francesa, a juzgar por los colores, las bocas de fuego y lo mucho que sobresale el casco como de mercante en lastre. Nuestro barquito (que en su larga vida ha sufrido por tres veces el bochorno de ser borrado de las listas del «Lloyd's Register» y otras tantas lo ha remediado cambiando de nombre y pabellón) sigue tan campante, con su eslora poco mayor que la manga y su verde chimenea alta como un campanario, dando vueltas como un trompo y como si con él no fuera la cosa: harto hace con atravesar el golfo, y, a la postre, el mar es de todos.

Una bandera roja y verde sube por el trinquete del francés: «¡Detenéos!». Pero al pobre viejo, que avanza entre toses y suspiros, no se le pueden pedir filigranas: si para de sopetón, adiós calderas. Sigue, pues, su camino. «¡Detenéos, o abro el fuego!», insiste el otro. Y apenas se ha traducido el mensaje, cuando un cañonazo a salva acaba con el sueño de los pasajeros. Como pavo apedreado, desahoga la presión en graznidos de sirena, acorta la marcha, pitan los silbatos, se desenroscan las cadenas del ancla, mientras la bandera de «Stop» sube por nuestro mástil. El francés se aproxima por babor y viene a situarse paralelamente a nosotros y en sentido contrario a pocas brazas de distancia. Ahora se distinguen claramente sus cañones, su gran porte y los pocos marineros de su dotación, que lo hacen aparecer como un barco deshabitado. Y su nombre, muy significativo: «Sampiero Corso».

De un costado se destaca un bote que, luchando con la marejada, rodea nuestro buque y atraca a estribor. Por la escala que le lanzan se encarama un oficial con seis hombres, todos revólver al cinto; los unos bien equipados –con su buena polaina de cuero y flamante el rojo pompón de la gorra–, el teniente con un levitón algo raído, aspecto acedioso, barba de

tres días, hombre ya entrado en años y con el aire inconfundible de los burgueses movilizados. Uno de ellos vuela a la cabina de la radiotelegrafía para evitar indiscreciones. Tras los saludos de ritual, nuestro comandante congrega en cubierta y pasa lista a la tripulación y personal de a bordo. Un marinero, con su cartera de negocios y aspecto de meridional bien nutrido, ha quedado de guardia en el fumadero y quisiera imitar la seriedad de su patrón; pero como a todo hijo de madre que anda por esos mundos, le gusta pegar la hebra, y unos cigarrillos a tiempo le ponen casi en plan de confidencias. «Díez días de mar y otros diez en tierra –nos dice– para visitar siempre los mismos vapores.» «¡Bonita escuela de emboscados –musita por un colmillo un castizo que va a Berlín–; en el Atlántico los quisiera, visitando naves! Pero por allá andan los submarinos, y luego te toca ir a remo hasta Galicia. Como a esos griegos que traemos a bordo: una explosión en plena noche (el primer torpedo, para romper los elementos de la T.S.H.), y a los botes en menos que canta un gallo; pues el segundo bombazo suele llegar de corrido y le hunde a usted un gran barco, como el "Ellis" ese, en seis minutos. Luego, ya se sabe, emerge la torreta del submarino; un oficial muy correcto pregunta cómo les fue y qué carga llevaban, y para aliviar su situación les da pan para dos días y cincuenta cigarrillos por cabeza. Les encamina hacia tierra y acompaña, si por ventura no aparece otro buque, que a los diez minutos anda por los aires; que si le da donde duerme la marinería, no hay vuelta de hoja, son veintinueve muertos, como días atrás. Pero esto no se puede decir.»

El francés ha optado por retirarse, y ahora reúnen el pasaje en el comedor. La oficialidad y el visitante discuten acaloradamente en otra sala, ante un montón de pasaportes. Ya había corrido entre nosotros la especie de que hay un pasajero sin nacionalidad; por las señas parece un Sigfrido, aunque él dé a entender que es un judío expulsado de su patria. Y lo peor es que el teniente francés abunda en la opinión de la mayoría, y tras unas respuestas vacilantes de nuestro hombre, decide ponerlo a buen recaudo.

Quien más quien menos van pensando todos en los agravios que hayan podido inferir desde chicos a la «dulce» Francia, y ni se acuerdan de que, parado en mitad del golfo, el barquito cabecea dramáticamente. Pues aunque todos venían dispuestos a lo peor: bandazos y mareo a porrillo, la verdad es que quién iba a sospechar que la guerra nos saliera al encuentro y con riesgo de echarnos la garra. ¡Para que luego digan que si los de la Maginot juegan o no al julepe con los de la Sigfrido!

Verificado el cargamento y puesta en claro la cuestión de los pasaportes (que a la cuenta la del apátrida también es meridiana), el oficial francés manda izar la bandera de «libre»: dos palos rojos sobre campo blanco en sentido vertical. Seguido de sus marineros lleva consigo al pasajero rubio, que ha pasado del sonrosado al blanco y ahora a un tinte ceniciento, hundida la cabeza entre los hombros. El teniente, de pie en su bote, se aleja, la mano a la visera en el primer tiempo del saludo, Al rato por el palo de mesana del «Sampiero Corso» sube la contestación, también en dos palos rojos sobre campo blanco, y el pabellón francés saluda al de nuestro buque, «Libres».

El «Sampiero Corso» vira rápidamente a estribor y se dirige a toda máquina hacia Toulon: En pocos minutos parece como si se lo hubieran tragado las olas. Nuestro barquito se contonea un poco y reanuda su marcha. Y el parte del comandante francés del departamento rezará lacónicamente esta tarde: «Sin novedad en el Mediterráneo».

Article publicat a La Vanguardia Española el 12 d'abril de 1940